

3.—A suprema expresión de
autoridad, suprema mani-
festación de obediencia.

¡Cuán admirable autoridad y cuán benéfica! El mismo Pío IX decía: «La autoridad del soberano Pontífice es grande, pero no destruye, edifica. No oprime, sostiene, y frecuentemente defiende los derechos de nuestros hermanos, es decir, de los obispos.» Autoridad suprema que fué implícitamente reconocida en el dogma de la Concepción Inmaculada como fué también en ese mismo dogma iniciado el día de los grandes obedientes que saludaba regocijado el mariano Vidente de la Esclavitud de Maria. Tiempos en los que él esperaba como más concedores de Maria y, por ende, de Cristo. Tiempos en los que el Beato Grignon aseguraba hace ya dos siglos que reinaria Jesús en el mundo como consecuencia del reinado de Maria, porque Ella nos lo trajo la primera vez al mundo y Ella nos lo traerá la segunda. Tiempos, en fin, en los cuales las almas se esforzarán en amar a esta maravillosa obra de las manos del Altísimo y en tenerla siempre presente, como su perfecto modelo, para imitarla e implorar su poderosa ayuda; entonces como fieles esclavos de Jesucristo en Maria, lucharán en contra de los esclavos de Luzbel y «con una mano aplastarán a los herejes con sus herejías, a los cismáticos con sus cismas, a los idólatras con sus idolatrías, a los pecadores con sus impiedades, y, con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y de la mística ciudad de Dios, es decir la Santísima Virgen.» (Verd. Dev., par. I., cap. 1.º art., IV.)

Con cuanta razón podemos nosotros decir con un escritor católico: (Enrique Perreyve) «Verdaderamente que el dogma de la Purísima Concepción es más grande de lo que habíamos creído.»

Yo, tratando de las consecuencias del misterio de la Inmaculada Concepción, no puedo de dejar de decir lo que es mi único deseo, lo que constituye la única sabiduría de mi entendimiento, el único tesoro de mi corazón, el único amor de mis amores. Yo sólo suspiro porque haya almas en el mundo, que, correspondiendo a las más imperiosas exigencias de las sobresaltadas sociedades modernas, sepan oír la amorosa voz de nuestra santa madre la Iglesia, que es la del Espíritu Santo que nos llama a grandes voces y a todo trance a ser esclavos de amor de Dios en Maria, para luchar y vencer a los esclavos del odio a la humanidad en la anarquía reinante.

Virgen Inmaculada, fuente eres, haz que las aguas vivas de la gracia se derramen sobre las almas en abundancia; flor eres, da tu fruto de salud al mundo; nube eres, llueve sobre la tierra el fresco rocío de la paz; y, pues, eres más fuerte que ejército dispuesto para la pelea, vence el reino de las pasiones que ha fomentado el mal espíritu, y, pues eres Madre de Dios y Madre nuestra, haz que El reine en nuestros corazones, para que con El te alabemos por eternidad de eternidades.

Amén.

